

## ALVARO RETANA, EN EL ABANICO DE LA «NOVELA GALANTE-DECADENTE»

LUIS ANTONIO DE VILLENA

A principios de siglo (en claro intento de superar, aunque a veces integradoramente) realismo y naturalismo, la novela española inició una nueva andadura. Valle-Inclán, Baroja, Azorín y Unamuno serán los cabezas de fila de cuatro actitudes renovadoras opuestas. Pero la crítica académica —atenta a esos cambios— ha dejado habitualmente de lado como *literatura menor* a una rica facción de la novela española del inicio secular, que si quizá no produjo obras tan cimeras, apuntó caminos (aparte de su inmensa popularidad) que los escritores españoles han olvidado o preterido. Blasco Ibáñez, Eduardo Zamacois y Felipe Trigo, solo muy recientemente se han intentado recuperar. Pero entre esa banda marginada de nuestra novelística hay autores y sectores aún más relegados: los que se engloban en el apartado *novela erótica*, una literatura que combinaba lo popular con lo estilista y que en los años veinte logró un éxito espectacular de lectores y ventas. Felipe Trigo fue el padre provector —serio— de la secta, en tanto que sus tres grandes oficiantes serían (entre muchos) Joaquín Belda, Antonio de Hoyos y Vinent y Alvaro Retana.

Bien que para referirse a esta novelística haya que tener en cuenta —al menos— tres premisas básicas: La herencia de la *literatura decadente* de filiación modernista; el éxito comercial de las colecciones populares de novela corta (que solicitaba obra a estos autores), y la relativa liberalidad de costumbres que la postguerra mundial inauguró, incluso en España, de mano de la modernidad y la vanguardia, y a pesar —aquí, y durante una parte del período aludido— de la dictadura de Primo de Rivera.

La *literatura decadente* (una rama del gran tronco simbolista) había florecido en Francia a partir —es una fecha clave— de 1884 cuando J. K. Huysmans, uno de sus iniciadores, publicó la emblemática *A Rebours*. A su reclamo seguirían (en toda Europa) novelistas brillantes y secundarios desde D'Annunzio a Valle Inclán, pasando por Oscar Wilde, Octave Mirbeau, Jean Lorrain o Madame Rachilde. El final del siglo XIX y los primeros años del XX serían el momento cenital de esta literatura, que siguiendo los postulados de cierto Simbolismo (prioridad del *Mal* sobre el *Bien*) adoraba la transgresión y la perversión, complaciéndose en el Vicio —en lo que la moral burguesa tiene por tal— a caballo entre el placer de sentirlo, la voluptuosidad y la conciencia de culpa. Julio Casares, crítico prestigioso que no congenió mucho con esta literatura, empleó frecuentemente para referirse a algunas de sus producciones la voz *teratología* (etimológicamente, *tratado de los monstruos*) con lo que quería indicar que los personajes de estas novelas eran seres moralmente o psíquicamente malformados, monstruosos. Tendencia, que, a su vez, continuaba la que a fines de siglo inauguraba el alemán Max Nordau (seguido en España por Pompeyo Gener) que tildaba de *patología* toda la nueva literatura simbolista, explicitando que sus autores eran *enfermos*. Sin embargo esa literatura tuvo, primeramente, un gran éxito de prestigio y más tarde (en una segunda generación, a la que pertenecen varios de los autores españoles del género) un no menor éxito de público. La que he llamado *segunda generación decadente* (la que comenzó a publicar en los años de la *Belle-époque*) frivoliizó y popularizó el género, al tiempo que le daba un aire cosmopolita de tiempos nuevos que cuadró muy bien con la modernidad de los «felicis veinte», aunque —además— la perversidad y la amoralidad, encarnadas en ciertos personajes, tuviesen ya algo de tópico, de receta. Pese a lo cual todavía destacaron en Francia autores como Maurice Dekobra o Francis Carco, dignos de alto respeto.

Esta *segunda generación* —junto con muchos escritores de las misma época, que a ratos hacían sus pinitos de ocasión en el erotismo o la decadencia— gozó del éxito popular enorme de unas colecciones que publicaban semanalmente novelas cortas: *La Novela de Hoy*, *la Novela Corta*, *la Novela semanal*, *la Novela de Noche* o *la Novela de Amor* que entre otras muchas (a más de revistas como *Blanco y Negro* o *La Esfera* y de editoriales que cultivaban esa novelfística, como *Hispania* o *Colombia*) crearon o reflejaron una voracidad lectora de clases no intelectuales que estaban ávidas de nuevas sensaciones o de vicios secretos que —entre otras cosas, y como siempre— debían sacarles de la tépida rutina y colmar (como cierto cine comercial, como los retornados *culebrones* o el antiguo folletín) su sed de aventura. Lo que a su vez condecía con una época que, tras el dolor y la sangre de la Primera Guerra

Mundial, abrió los brazos a la libertad y a la renovación, quiso destruir los prejuicios victorianos, y bajo la capa de la novedad (recordemos el *París era una fiesta* de los exilados yanquis) dio rienda suelta a la tolerancia. (También podríamos pensar en el Berlín de la República de Weimar). Corrió el afán de diversión, se extendió el uso de drogas (especialmente la morfina y la cocaína) y pretendió normalizarse lo que se habían considerado *sexualidades pervertidas*: Homosexualidad masculina y lesbianismo fueron, casi, actitudes de moda. Por supuesto que para mucha gente (como los luchadores por la libertad sexual que capitaneaba Magnus Hirschfeld) todo este movimiento era serio y necesario. Para otros —al menos superficialmente— tuvo algo de boga, como los cigarrillos turcos y el alcohol en *cocktail*. Esta permisividad (con la que acabó el nazismo, la crisis económica y el espíritu bélico de una nueva guerra) será el clima en que se mueva esta novela, heredera del Simbolismo y hermana de la *Frivolidad Decó*, que supuso un hito (desvalorizado) en el camino de la narrativa española. César González-Ruano (que sintió siempre atracción por la literatura decadente) escribió en sus memorias *Mi medio siglo se confiesa a medias*, esta pincelada de aquella atmósfera real de principios de los años veinte, que reflejó la novela galante:

Acababan de abrir en la calle de Alcalá, junto al Hotel Regina, esto es entre Fornos y el Casino de Madrid, «Maxim's», el primer bar americano que tuvo Madrid. La puerta la guardaba un negro gigante vestido con una librea aparatosa y que vendía cocaína en unos frasquitos de cristal marrón que contenían un gramo y era de la casa Merck. A la entrada de «Maxim's» estaba el bar americano y el guardarropa. Al fondo el «thé-danzant» con una orquesta moderna, y arriba, en el primer piso, al que se subía desde el bar, la sala de juego con ruleta, la primera que vi en mi vida.

El gran iniciador del género erótico en la España contemporánea fue Felipe Trigo, (1865-1916). Trigo, que había sido médico y luchado en la guerra de Filipinas, empezó tarde su carrera literaria —su primera novela, *Las ingénuas* es de 1901— pero su fama fue rápida, obscena y culminó con su suicidio. Sin embargo el erotismo de Trigo es *serio* o por decirlo de otro modo *regeneracionista* (Trigo es, por edad, plenamente un hombre del 98). Y además es un precursor de D. H. Lawrence. Entiende que el erotismo es un camino de educación, de liberación, de progreso. A veces se deja ganar por el otro erotismo finisecular, pero procura volver siempre —pese a su confesada neuras-

tenia— a ese sentido civilizador de la pulsión erótica, que —heredera optimista del naturalismo— le aleja un tanto de sus seguidores o compadres tanto *frívolos* como *decadentes*. Lo que Trigo abrió generosamente fue la espita del sexo y también la del éxito, puesto que (con Vicente Blasco Ibáñez) fue uno de los primeros novelistas en vivir lujosamente de sus derechos de autor, y en presentarse a los reporteros de la prensa, en su bien provisto chalet de Ciudad Lineal, rodeado de su familia, su bienestar y —como los aristócratas— sus espléndidos perros.

Sin embargo dejando la pronto desaparecida figura de Felipe Trigo como la de un santo tutelar, algo lejano, los grandes reyes del género erótico (la triada fue ya declarada por Julio Cejador) eran Joaquín Belda, Antonio de Hoyos y Vinent y Álvaro Retana: los tres, personajes curiosos y novelistas de éxito.

Belda es el mayor (nació en 1880, en Madrid) aunque no el primero que empezó a publicar, pues su inaugural novela, *La suegra de Tarquino* es de 1909. Para Eugenio de Nora en su aún importantísima *La novela española contemporánea (1898-1927)* —segunda edición de 1973— Joaquín Belda, al que despacha en pocos renglones, es el menos interesante del conjunto. No pasa de ser un humorista que utilizó la pornografía. Representaba el lado caricaturesco, chistoso del erotismo, aunque tal vez su progenie —que no le nombró y le superó, hablo de Enrique Jardiel Poncela— haya, sido, a la postre, la más rica del trío.

Si bien los verdaderos representantes de la *novela galante* del momento, en su doble aspecto (o doble generación) serán Antonio de Hoyos y Álvaro Retana. El primero (Madrid, 1885-1940) comenzó a publicar muy joven —en 1903, *Cuestión de ambiente*— aunque su faceta erótico-decadente empezó después con el libro de cuentos de 1909, titulado *Del huerto del pecado*, con hermosas ilustraciones (significativamente a lo Beardsley) de Julio Antonio. Hasta los años treinta (en que se dedicó a un exótico ensayismo y finalmente a la política anarquista) Hoyos y Vinent publicó incansablemente narrativa con gran éxito de público. Éxito que (económicamente) no necesitaba al ser rico aristócrata, Marqués de Vinent y Grande de España. Hoyos que en sus primeros tiempos (prologado por la Pardo Bazán o escribiendo al alimón con Pérez de Ayala) fue considerado un novelista *serio*, un autor *riguroso*, terminó en el relativo olvido de los que no saben cambiar. Fue el genuino representante español de la primera generación de prosistas decadentes, perfecto hermano de Lorrain o de Rachilde, con una vida —a la que me he referido en otra parte— perfectamente acorde con sus libros. La obra de Hoyos y Vinent (que alcanza su cenit en novelas como *La vejez de Heliogábalo* o los cuentos de *Llamarada* todos anteriores a 1920) representa el estilo simbolista o modernista de la literatura erótica

decadente: Estilo abarrocado, untuoso (no exento de descuidos, quizá por la propia rapidez de escritura) y pasiones ambiguas y enfermizas, que a menudo coinciden con reales enfermedades físicas purulentas y tremendas. *Casos clínicos* (como el título, en singular, de uno de sus relatos) que atraen al morbo a través del horror, y donde la lujuria —en el fondo acariciada, buscada— es vista como espanto, alucinación y muerte.

¿Qué diferencia hay entre Hoyos y Vinent, y su en alguna medida *sobri-*no, Álvaro Retana? Yo diría —simplificando— que les diferencia el estilo y la modernidad, lo que acaso sea una tautología. Retana escribió en una prosa más sencilla, más directa, más clara, menos retorcida, preciosista y pretenciosa. Y no vio el *vicio* y el *extravío* como pecado (o como enfermedad física) sino como veta perversa de la modernidad. Álvaro Retana fue *perverso* porque lo llevaba en la sangre —como Hoyos— y porque lo pedía el tiempo. La modernidad se confundía (lo hemos dicho) con los *desvíos* sexuales. Pero ¿cómo compaginar entonces el canto a los placeres que no se atreven a decir su nombre y la censura moral, todavía férrea? Ese fue un punto de equilibrio que resultó difícil —y que tuvo que resolver— Retana.

Álvaro Retana y Ramírez de Arellano nació en Batangas, Filipinas (hijo de un funcionario de la administración colonial española) en 1893. Muy niño vino a España. Como en sus días de temprano éxito presumía de joven y guapo (llegó a titularse *el novelista más guapo del mundo*) algunas de sus novelas llevan como fecha de nacimiento la de 1898. Era una coquetería más (quitarse cinco años) propia de un hombre a quien nunca le asustó el género. Empezó su vida literaria en el periodismo, firmando en *El Heraldo* (en 1911) crónicas femeninas con el pseudónimo de *Claudina Regnier*. Su primera novela —*El último pecado de una hija del siglo*— es de 1915. Pero Álvaro Retana no fue solo literato: escribió revistas musicales de género frívolo para las que hizo letra y música, fue dibujante y figurinista (ilustró algunos de sus libros, en la línea elegante de Juez, Zamora o Penagos) y es el autor de archifamosas letras de cuplé, como *Ven y ven*, *Batallón de modistillas* (anteriores a 1914) *Tardes del Ritz*, *Ay*, *Sandunga* o *El lindo Ramón*, ya en los años veinte. (Otro curioso detalle de la liberalidad de la época, y quizá del propio mundo de Retana: El cuplé *Tardes del Ritz* fue estrenado en 1923 por un travestido, quizá el primero que actuó y tuvo fama en los escenarios españoles. Edmond de Bries, que cantaba impecable y emplumadamente vestido de mujer). Alvaro era muy amigo de retratarse en poses atildadas (no en vano se tenía por guapo y solicitadísimo por admiradores y admiradoras, como le cuenta en entrevista a Artemio Precioso). Pelo engominado a lo Valentino, labios finos y torneados, cejas delineadas, *tenues* modernas, óvalo facial maquillado y levemente blanco, Retana aparece en sus fotos de los primeros veinte como un ga-

lán a la moda, apuesto (la cara algo redonda para el gusto actual) y con un tu-fillo a ambigüedad propio de la obra y del tiempo. Retana fue uno de los pro-hombres de la novela perversa o galante en los años veinte, y de 1919 —con *Los extravíos de Tony*, o, *Ninfas y sátiros*— hasta 1927, con *El paraíso del Diablo* discurre lo mejor de su producción. En medio títulos que hablan por sí mismos y que todavía resultan atrevidos hoy: *Las «locas» de postín*, *El príncipe que quiso ser princesa* (de 1920) *El buscador de lujurias*, *El fuego de Lesbos*, y *La señorita Perversidad* (de 1921), *La mala fama* (1922) *Mi novia y mi novio* (de 1923) o *El infierno de la voluptuosidad* (de 1924).

Como he dicho la estrella de la mayoría de estos escritores comenzó a decaer al final de la década, porque el género se repetía, porque la sociedad cambiaba y porque empezaba a triunfar otra literatura de resortes más intelectuales o sociales. Pero durante esos años, frívolo, codiciado, apuesto, coqueto, lleno de *mala fama* (que resultaba buena) Álvaro Retana triunfó, y Julio Ceja-dor en su *Historia de la literatura castellana*, de 1920 le decía (ya) el *Petro-nio español de nuestro tiempo*. En los años treinta —muy baja su produc-ción— se encerró en el mundo de la tonadilla, del cabaret y del género frívolo. Era amigo de cupletistas y canzonetistas, seguía llevando «mala vida» y se le pudo considerar de *izquierdas*. Pasó la guerra en Madrid (me contó Pe-dro Dicenta, nieto del famoso autor de *Juan José*) y cuando los *nacionales* iban a entrar en la capital —miedoso— buscó refugio en casa de una corista cuyo amante (probablemente anarquista) había saqueado iglesias, por lo que en la casa hallaron varios objetos religiosos; lo que unido a su mala fama sexual inveterada le añadió utensilios de nigromante. Buscado por degenerado y corruptor, a lo que vino a añadirse el toque perverso-religioso (orgías, cultos satánicos con jovencitos, etc.) en el sórdido Madrid de 1939, Retana padeció juicio sumarísimo que pedía para él la pena de muerte. Dicenta —que le acompañó en la cárcel política— se hacía lenguas de su excelente comporta-miento en Porlier o en el Dueso, de su valerosa hombría y de su humor. A Álvaro Retana se atribuyó la letra de un cuplé —*La Pepa*— con el que los condenados a ejecución hacían burla de la muerte, que se llevaba de paseo por entonces a tantos hombres...

Álvaro Retana, primero condenado a morir y luego a cadena perpetua, estuvo poco más de siete años en prisión. Pero cuando salió todo era distinto.

Aún volvió a publicar novelas, por ejemplo *Historia de una vedette con-tada por su perro* (de 1953), pero su mundo había pasado. Solo un leve sol volvió a alcanzarle cuando al ponerse de moda el cuplé, a fines de los años cincuenta (los tiempos de Sarita Montiel en *El último cuplé*) escribió (en feás colecciones populares) algunos libros sobre el género que tan de cerca había

conocido: *Estrellas del cuplé* (1963) o *Historia del arte frívolo* (1964), este mejor editado. Poco más se sabe de Álvaro Retana. Siguió haciendo la *mala vida* de siempre, y cuentan (amantes de la leyenda o de la realidad) que a fines de los sesenta —en 1968— apareció muerto en su casa. ¿Asesinado por un chulo que quiso robarle, a él que debía tener tan poco?. La historia es turbia. *Alvarito* —como le habían llamado tantos amigos, con ese diminutivo entre juvenilizante y españolista— había tenido en los años veinte una hermosa finca en Torrejón de Ardoz. Era rico. Murió y vivió en sus años últimos en una buhardilla por el barrio madrileño de San Bernardo. Como muchos de su época (antes *La Bella Otero* y poco después *Pepito Zamora*) la muerte le halló, hijo del mar, olvidado y desnudo.

¿Qué fueron las obras y el estilo de Retana, en su mejor momento, en el *florvit* de los años veinte? Retana —por ello lo alabó Cejador más que a otros— es un estilista del estilo directo, un autor con algo de la claridad simple del periodismo y ciertos adornos —pocos— finiseculares, como algunos tocados inverosímiles —cual de diosas aztecas— que llevaban las damas *art-deco*. Retana, directo, ágil, coloquial, no desprovisto de llana elegancia, representó la modernidad de los años veinte mejor que nadie. Quiso hacer una literatura viciosa, andrógina y homosexual. Y llegó lo más lejos que podía llegar, ya que la censura exigía —como mínimo— que al hablar de todo aquello no se evitasen las palabras *perversión, o, pecado*, y naturalmente los protagonistas terminaran mal. Pero ¿quién se atrevió —en clave— a retratar la vida homoerótica y aristocrática del final de la *belle-époque* madrileña, sino el Retana de ese libro de título atrevidísimo *Las «locas» de postín?* (Dicen —nunca he visto ejemplar— que José Zamora, el celeberrimo Pepito, diseñador y escritor ocasional, escribió poco después otra novela similar con el poco afortunado título de *Los cabritos*).

Un par de ejemplos: *Mi novia y mi novio* —otro título atrevido— es una novelita que Retana quiso autobiográfica. En un viaje en tren a Barcelona, Álvaro conoce a dos admiradores adolescentes, gemelos para más señas: Tito y Graciela, hijos de una frívola cantante brasileña y un industrial catalán. Aunque Tito —autodefinido *personaje de Retana*— reconoce al escritor, este se hace pasar por un tal Rafael Heredia. Bajo esa máscara, Retana se hace amigo de la parejita de *guayabos* (jovencitos en el coloquialismo de la época) a quienes titula *mi novia y mi novio* con aquiescencia de la madre mundana, y con clara predilección hacia el bello adolescente Tito al que agasaja e invita, que en un momento exclama, con delectación: *Estoy envenenado de lujuria y perversidad*. Por supuesto, al fin se sabrá el engaño, porque Retana es reconocido por una canzonetista, Carmen Flores (personaje real) en el Tibidabo. Y eso acentúa el equívoco de la amistad. Por lo demás nunca ocurre nada, pero todo se dice y se

insinúa. Y como Tito solo quiere perversidad, lujuria, y extravío, terminará frecuentando malas compañías y se suicidará en la celda de una cárcel (adonde va por robo) mientras su hermana —que cuenta el final al novelista— se ha convertido en cupletista, *juguete de placer*, y algo así como *cocotte* de lujo. Más atrevida es, desde luego, *El infierno de la voluptuosidad* (solo un año posterior, y con buen prólogo de González-Ruano). Un aristócrata huérfano y decadente (con aspecto de joven algo femenino) José Luis Henestrosa y Herreros de Montiel (que tiene una casa refinada, decorativa, con todos los accesorios del nuevo lujo negro y oro) conoce al salir del teatro a una mujer de origen italiano mayor que él, Lolina, pero de aspecto juvenil y muchachil (él tiene algo de chica, ella de chico) que lleva una vida rota y jubilosa, de hombre en hombre: *Con su cara de ángel, aquel monstruo de livianidad hizo una orgía de su cuerpo y de su juventud, corriendo veleidosa de unos brazos a otros hasta el momento de encontrar a Pepe Luis*.

Ambos se dedican a seducir, con lujo y decadencia, a adolescentes guapos de uno y otro sexo (Leo, Bebé) siempre angelicales y proclives al pecado de la fruta prohibida, hasta que la edad, los años —nuevos *Dorian Gray*— terminan con su juventud y su incesante perversidad, y la lúbrica pareja (que seducía por su belleza o magia y no por dinero) concluye suicidándose con una sobredosis de morfina.

Las escenas homosexuales de *El infierno de la voluptuosidad* son más explícitas y fuertes que en *Mi novia y mi novio*, y los siempre *divinamente cándidos y perversos* mocitos están de continuo a caballo entre la paidofilia, el lesbianismo y los *tríos*, lo que para el momento no era atrevimiento escaso. Claro que hay delicuescencia decadente por todas partes, aureolada de clarísima complacencia, pero nunca deja el autor de constatar que todo aquello (que tanto le atrae) consiste en *feroces atentados a la Naturaleza*. Cosa que, más que probablemente, el Álvaro Retana persona, estaba muy lejos de considerar. Censura y moral eclesial —dijimos— imponían que toda esta novelística galante, decadente o erótica, tuviese un fin *ejemplar*. Pero como dice César González-Ruano en su prólogo a *El infierno de la voluptuosidad* (atribuyéndoselo al propio Retana) *frivolidad y travesura* son las claves de sus novelas. Gusto por la belleza, encomio de la homosexualidad, apoteosis de la juventud, androginia ideal y todo (pese al soniquete moralizante que suena a falso o que vuelve aún más atractivo el *vicio*) con ese aire que la época solicitaba de *jazz-band*: Creer que el mundo es una breve noche loca. Que todo es picardía, que nada pasa. Que no hay más que guiño picarón de ojos, como en el cuplé. Cual el título de uno famoso y madrileñista, todas las novelas de Retana son *cuadros disolventes*, que querían ejemplificar una sociedad cosmopolita, avanzada y nueva que (como la vida del autor demostró) en España no llegó plenamente a



fragar. Lo que no impide que debamos considerar a Retana —que está pidiendo una gran y veraz biografía, como Hoyos y Vinent— no solo fin de la literatura finisecular en España, el último eslabón del Simbolismo, sino sobre todo y más claramente, como el precursor de una nueva novela de costumbres que quizá no ha tenido hasta hace bien poco continuidad. Y más aún (imbricado a otros autores de literatura galante) como uno de los escritores más significativos y característicos, de nada desdeñable aunque coloquial prosa, de la novela española en la línea renovadora de los años veinte. (Renovadora, que no vanguardista). El juicio de Julio Cejador —que tanto se repitió en la propaganda de la época— no deja hoy de ser atinado: *De los escritores contemporáneos de asuntos libertinos, Hoyos es el más profundo y cuasi místico; Belda el más chirigotero, bufonesco y humorístico; Retana, más ático en el decir, más ameno y ligero, más sincero y realista, más desenfadado y libre. Es el que mejor escribe de los tres, por tener más exquisito gusto, y el que más vida y humanidad presta a sus novelas, por atenerse más a la realidad por él mismo vivida...*

Pequeña injusticia con Hoyos (sobre todo en las aseveraciones finales, la vida de Hoyos también coincidió con sus libros) y constatación de una moderna veta novelística en España que —inexplicablemente, inercias intelectuales— se ha desdeñado frecuentísimamente en nuestra no siempre bien trazada Historia Literaria.